



### Guillermo Prieto

**D**EBILIDADES de nuestra memoria, nos impiden recordar ahora dónde leímos la desventura de un artista que, cediendo á inspiraciones de su exaltada fantasía, se propuso modelar en blanco yeso la imagen de una mujer atormentada por los celos: uno tras otro ensayó modelos, y alineados sobre una mesa contemplábalos con intensa pena, pues ninguno de ellos lograba que fuera ni aproximado trasunto de la idea que bullía en su cerebro; de este modo, siempre estudiando, cansábase en vano y desesperábase de continuo, sin lograr conseguir que alguno hallara en las imágenes que esculpía lo que alguna vez creyó expresado con sin igual verdad. El despecho puso fin á la atormentada existencia del artista, que aún en sus últimos momentos, sin-

tiendo en el fondo de su alma la verdad artística, quería realizarla; vanos fueron sus esfuerzos, y murió, como morirán sin conseguir su objeto los que se esfuerzan en hacer comprensibles las particulares vibraciones de su alma: esta mariposa intangible é imperecedera que nos anima, mueve sus alas, sacudiendo dorado polvo, se agita ansiosa alrededor de la luz, ó plácida y tranquila se balancea posada sobre altiva rosa ó sobre blanca flor de oloroso azahar; pero los misteriosos ruidos que produce, los acentos que emite ya en esta ó en la otra situación, son tenues, tan tenues, que apenas se perciben, y si se notan son en absoluto intraductibles. La palabra humana expresando el pensamiento en fluída y elegante prosa ó en sonoros y armoniosos versos, los sonidos recogidos en los instrumentos y vertidos luego en torrentes de mágica armonía, la luz que revela el color dándole riquísimos tonos varios, que se multiplican hasta el infinito, no pueden en modo alguno ser bastantes para llegar á expresar lo sentido, por más que el arte moderno haya dado de todo aproximada representación. Queja es ésta á que de continuo nos lleva nuestra insuficiencia: aun esforzándonos nos ha sido imposible conseguir, al menos hasta ahora, que la expresión de nuestro sentimiento al ocuparnos en los vates que honran la hermosa tierra de Nueva España, sea fiel y exacta tal como la experimentamos en el alma; ansiaríamos poder esculpir cuanto soñamos, poder

grabar cuanto pensamos, pues leyendo las hermosas composiciones de ellos nos vemos como el poeta de las meditaciones:

*.....dans ces istans où l'âme fugitive  
S'élance et veut briser le sein qui la captive.*

Al tratar de cada uno de ellos hemos hecho cuanto nos ha sido dable para aquilatar sus méritos, pero nunca la frase respondió á la idea, y esto hemos de tocarlo más hoy, al estudiar á un poeta de carácter tan especial como Guillermo Prieto, personificación absoluta del genio popular mexicano, en lo que de rigurosa tenga ó pueda tener esta calificación.

Hasta hoy en Florez como en Peza, en Riva Palacio como en Híjar, hemos visto siempre poetas para que teníamos término de comparación, en la historia general de las literaturas, que es seguro medio para llegar al conocimiento; siempre tuvimos expresiones hechas, pues para los sentimientos comunes hay en el hombre medios de expresión desde su más tierna infancia. El amor que nos conmueve profundamente, cantado con la valentía que Flores sabe hacerlo, nos hace comprender la excitación de un alma hermana de la nuestra, que se abrasa en el mismo fuego; los pesares llorados por Híjar nos sume en hondo abatimiento, en el que nos damos cuenta de los eternos sufrimientos á que al hombre parece condenado, y las ternuras infinitas de Riva Palacio ó de Peza, nos crean mundos en los

que gozamos, pues soñados ya, faltábanos sólo la revelación que el poeta con su sin igual talento nos hace. Cuanto en el universo entero vive ó se agita, puede ser perfectamente comprendido por el hombre en tanto que se manifieste en sentimientos de los que á todos nos animan; pero cuando se revelan puras abstracciones, cuando se manifiesta una especial idiosincrasia, es menester primero identificarse con ella, analizarla detenidamente hasta llegar á su perfecta comprensión, pues de otra manera es imposible sentirla.

Esto puede comprobarse en todas las esferas del arte, pero más exacta comprobación tiene con la poesía popular. En tanto que el poeta canta sus amores, llora los desdenes que sufre ó lamenta sus celos, lo entienden ó lo aprecian todos, pues pocos serán los que en la vida no hayan cantado los tiernos encantos de la pasión, que todo lo embellece, ó los desvíos que nos martirizan, ó los tormentos terribles de la duda en aquello que con más fe se quiere; pero cuando de estas generales manifestaciones del sentimiento se pasa á lo que es exclusivamente propio y peculiar, cuando confundido con una clase social se la estudia y se la analiza para cantar luego su particular manera de ser, entonces en las composiciones poéticas que se someten al análisis, hay que estudiar necesariamente dos cosas, que debiendo ser correlativas, se hacen muy diferentes: el fondo y la forma, encontrándose las dificultades sólo

en lo primero, por no corresponder á ninguno de los conceptos que previamente se tienen formados.

Es bien claro, por lo que decimos, que en primer lugar, al ocuparnos en Guillermo Prieto, lo vamos á hacer como poeta popular, reservándonos, hacerlo después, como lírico y como satírico, caracteres que le hacen merecer también un señalado lugar en la historia de la literatura mexicana. Mas antes de pasar adelante, es necesario que procuremos decir qué se entiende por literatura popular. Para llegar á la determinación de este concepto hay que establecer una esencialísima diferencia entre lo que en la historia de la literatura se llama poesía popular y lo que cada pueblo aisladamente determina con igual calificativo: lo primero está sujeto á principios fijos, derivados de condiciones especiales que concurren siempre; lo segundo es accidental, se modifica, se altera y varía; en un caso responde á la idea de nación, en otro define perfectamente el pueblo; la literatura popular de la historia es un espejo que lo refleja todo, es una fuente de conocimientos para la historia misma, la literatura del pueblo es un lente al través del que podemos mirar detalles que nos entusiasman más ó menos, según nuestra mayor ó menor disposición para encariñarnos con ellos; la primera es ya culta, la segunda será siempre espontánea.

En un principio, antes de que se iniciaran

las hazañas y proezas guerreras, que más que nada se graban en la mente, y que han dado lugar al apareamiento de la poesía heroica, el ser sensible levantó la voz para manifestar alegrías ó lamentar dolores, expresó sus sensaciones en vista de lo desconocido que se explicaba por fuerzas sobrenaturales, por recónditas causas que no pudiendo determinarse le llevaban al terror, que sin que pueda dudarse es una de las causas que más predisponen á la devoción; cantó los sencillos ideales y vió á la naturaleza, no sólo desde distintos puntos de vista, sino que también con ánimo diferente, según el clima, la raza y las condiciones de vida. Estos cantos que de siglo en siglo se vienen repitiendo, estos cantos que como míticas tradiciones nos trae el tiempo en sus alas, nos dan clara idea de los primitivos usos, costumbres y aspiraciones de cada pueblo, razón por que técnicamente han sido llamados populares. No pocas veces en una literatura florecen simultáneamente dos géneros literarios revelando aspiraciones distintas; al par que la parte de sociedad completamente hecha canta sus proezas y celebra sus aventuras, hay otra parte que sin perder en nada la sencillez primitiva, sigue en las dulzuras de una literatura completamente suya, en la que se retrata y con la que goza. Al mismo tiempo que las clases guerreras de la India daban alimento á su entusiasmo con las eslocas del Ramayana y del Mahabarata, el pueblo, que ni aún llegaba á comprenderlos,

tenía tradicionales cantos que forman hoy la base de la poesía brahamínica: antes que Homero, Grecia tuvo muchos elementos de que dispuso el ciego de Kios para forjar su gloria, y antes que los Nibelungos y los demás poemas que forman el ciclo épico germano, la literatura alemana contaba con las dulces composiciones que sirvieron á Archin d'Arnin y Brentano, para formar la admirable colección titulada *Des Knaben Wunderhorn*, porque siempre y en todas las clases sociales hay latente algo bello que merece ser estudiado. Existe una literatura que casi en su totalidad está formada por cantos populares, cual es la del pueblo hebreo: es sumamente curioso hojear el libro sagrado, fondo de las inspiraciones, creencias y esperanzas de aquel pueblo, que sin ser de nuestra raza nos ha impreso carácter, que inspirado siempre en el ideal religioso nos ha transmitido é inculcado lo mismo sus creencias que sus supersticiones, pueblo que como ninguno en la antigüedad ha sostenido la unidad de Dios sin entrar en explicaciones metafísicas como el de la India ó como el griego, y que apreciado siempre desde el punto de vista religioso, que es su sentimiento dominante, recorre como campo de su gloria desde el Sinaí á Jerusalem, desde Jerusalem á la Meca, y este pueblo, en el que tan grande es el proselitismo, este pueblo que pasó cuarenta años en el desierto, canta en masa, tiene sus ideales, y revela sus aspiraciones, y se hace

eco de la revelación que escucha del *Nabi*, pues de la misma manera que un *Avatar* responde á cada una de las grandes revoluciones que se operan en el mundo ario, el mundo semita ve para cada gran acontecimiento un profeta, que en poética forma le expone lo que habrá de suceder, en lenguaje propio para que lo entienda. Y este pueblo, al que siempre consideramos rodeado de una aureola especial, nos ha hecho recordar muchas veces al patriarcal pueblo azteca, que tuvo también su Jerusalem perdida, con la primitiva sencillez de costumbres, engendradora de idilios con las melodías de sus cantos, que han debido existir, con sus ritmos especiales y con sus ideales, elementos que formarían, digámoslo así, el primer elemento de una historia general de la literatura mejicana. Perdidos hoy, ó al menos ignorados de nosotros, los alientos de aquella primera musa, fuerza es que del pueblo mejicano actual tengamos algo para hacer la historia de su movimiento literario, y ciertamente lo tenemos en las composiciones del vate que nos ocupa, que lo ha estudiado, se ha identificado con él y nos lo hace conocer perfectamente. Hijo de una generación próxima ya á la tumba, Prieto ha vivido los azarosos días de la emigración y del destierro, víctima de los rencores políticos y de los violentos cambios de partido que se han dado en su patria; y cuando triste y solo, abandonado y enfermo y sin familia ha recorrido aquellas vas-

tas y accidentadas regiones, ha procurado alivio á su apenado espíritu con el estudio del tipo popular mexicano, que, por lo que vemos en sus composiciones, tiene gran semejanza con el de nuestros queridos andaluces. Frase hiperbólica, acento donde sin cesar vibra la pasión, celos que en fuerza del amor sentido se encienden por nada, promesas de un cielo cuando apenas se tiene suelo, en fin, todo lo que es exaltación y ternura y esperanza, expresado en un lenguaje que no es escogido, pero que es propio, en una forma que no será pura, pero que es adecuada. Esto es lo que vemos desde luego como resultado de una innegable afición del vate que hoy nos atrevemos á juzgar, uno de los primeros que inauguran lo que podemos llamar periodo literario independiente. Con versos fluidos, elegantes y armoniosos, con una soltura en el romance que encanta y una gran perfección en el ritmo, presenta cuadros de gracia inimitable, salpicados de chistes del mejor gusto y ocurrencias que prueban una singular vivacidad de ingenio; pero todos ellos podemos decir que son de allí, responden á los sentimientos de aquellos individuos, por lo que no pocas veces resultan extraños y otras incomprensibles para nosotros.

El pueblo, al apoderarse de un idioma, procura con singular empeño adaptarlo á sus gustos, hacerlo servir á su manera de ser, y sin ley ninguna, obrando á su capricho, inventa

palabras, altera la significación de las creadas, hace traslaciones de sentido que entre ellos son inteligibles por convención, pero que á los distantes que no estamos al corriente de todo esto, parecen imperfecciones censurables, las cuales han de entrar por mucho en composiciones donde se reflejan usos y costumbres de la clase á que se refieren, y que por lo mismo son á nuestro modo de ver uno de sus principales méritos. En esta clase de composiciones no conocemos ningún poeta mexicano que pueda aventajar á Guillermo Prieto; es el poeta del pueblo, por excelencia, y nadie como él ha sabido hacer sensible el sentimiento de la *china* ni la audacia del *lepero*, ni trazar con igual vivacidad cuadros notables por la perfecta realidad que en ellos se advierte.

El poeta popular, el poeta del pueblo, este es justamente su título, que por cierto excluye una idea errónea, generalmente admitida y celebrada: constantemente se oye decir que es poeta este ó aquel pueblo, porque nunca han faltado genios elevados que poetizan los sentimientos populares; el que entre las masas descuelle un poeta, no es razón para que este calificativo se haga extensivo á todas ellas; sería lo mismo que afirmar poeta la aristocracia porque el duque de Rivas, hijo de las musas, pudo disputar la corona que alguna ciñe. Esta rectificación nos ha venido más de una vez á la mente y podemos decir que fué sugerida á nuestra alma en momentos en que no parecían

propicios para ello. Nacido en el pueblo de los cantares, en aquella tierra en que la noche y el día disputan porfiadamente nuestras afecciones, nos embelesábamos al escuchar en cuatro versos de un cantar el pensamiento bastante para llenar un poema ó para hacer un drama, la idea grande que arrebatara, el dolor que martiriza, la pasión que abrasa. Hay *coplas*, como dicen, que se quedaron impresas en nuestra mente desde entonces, y al hablar de la concisión de pensamiento que caracteriza el genio, hemos recordado más de una vez la que dice:

De llorar me quedé ciego  
Cuando supe que era muerta.  
¿Para qué quiero los ojos  
Si no he de volver á verla?

Otras veces, escuchando las largas estrofas con que colegial poeta ensalza los ojos de su primer amor, ó endechas que poeta acreditado dedicaba al mismo objeto, sostuvimos que no valían tanto como el sencillo cantar

Tres soles hay que en la vida  
Pude ver con calma yo:  
El uno es el sol del mundo,  
Tus ojos los otros dos

y de estilo semejante nada para ponderar querer como la seguidilla

Fragua, yunque y martillos  
rompen metales,  
el juramento que yo á tí te echao  
no lo rompe nadie.